

# *Libros recientes de Ensayo y Ciencias Sociales*

**La selección que vamos a pretender en el presente número de nuestra revista va a evitar elegir el sistema de clasificación basado en una ciencia. Vamos a procurar centrarnos en cuestiones de actualidad, en especial en personas que están de modo permanente en ella por las razones que sean, en conmemoraciones o en cuestiones de la más reciente política española.**

**JAVIER TUSELL**

## *Juan Pablo II. La peculiaridad de un pontífice*

**L**lama la atención que el Papa sea protagonista principal en la eclosión editorial que siempre acompaña a las Navidades. Son seis o siete los libros relativos a su persona que han aparecido en los últimos meses y cabe aun preguntarse si no aparecerán otros nuevos. Como es lógico en un

elenco tan amplio hay de todo, desde los puramente anecdóticos, nacidos al calor del cariño sentimental, a aquellos que parecen haber surgido de una indudable voluntad polémica, como si quisieran liquidar una cuenta pendiente con él cuando alguno de los autores más bien parece ternela no tanto con el Pontífice como con la propia Iglesia católica. A pesar de este tan amplio abanico de posibilidades lo cierto es que cabe encontrar bastante en común en

todos ellos. Ahora que está sin duda en el momento del declinar de su pontificado, al Papa le rodea una extraña fascinación, incluso entre aquellos que discrepan en lo esencial de su forma de ver las cosas. Son muchos los que consideran que es, en el momento actual, la personalidad más descollante del mundo. Así le han descrito, en efecto, dos conocidos periodistas autores de la primera biografía de Juan Pablo II que sigue los criterios de exigencia periodística

habitualmente admitidos. Se trata de *Carl Berstein y Marco Politi, "Su Santidad Juan Pablo II y la Historia oculta de nuestro tiempo", Barcelona, Planeta, 1996.*

Estos periodistas constituyen el mejor ejemplo, en efecto, de la atracción sentida por parte de personas no muy identificadas con su persona ni su doctrina. El suyo es un libro respetuoso que en su mayor parte no sólo da la sensación de responder a la verdad sino que proporciona informaciones inéditas, muy útiles para captar la trascendencia del personaje. Los autores discrepan en lo que respecta a la voluntad de mantener lo que considera como la fidelidad del dogma y la disciplina eclesiástica. Introdúcen, además, una cierta frivolidad al tratar de las relaciones del Papa con mujeres (para luego quedar la cuestión reducida a la nada). Y, sobre todo, hacen una interpretación que resulta en parte acertada y en parte por completo engañosa acerca de su protagonismo en la caída del comunismo.

Decir que el Papa ha jugado un papel esencial en el derrumbamiento del muro de Berlín puede ser una obviedad, pero puede también constituir una manera de no llegar a descubrir en qué consistió ese trascendental fenómeno histórico. Los autores citados no lo dicen de una manera explícita pero a base de señalar con insistencia que hubo una sintonía entre la política de Reagan y la actitud del Papa, que habría recibido información

periódica del Director de la CIA, pueden dar al lector la sensación de que existió algo así como una conspiración para producir el cambio político en el Este. En realidad la misma lectura del libro testimonia que las cosas fueron distintas y más complicadas. El Papa no pensó que el comunismo pudiera desaparecer tan rápidamente y a menudo en los

momentos de mayor tensión contribuyó a introducir un criterio

de prudencia cuando era imaginable que la confrontación concluyera en el derramamiento de sangre. Pero el Papa nunca dejó de decir su palabra en pro de los derechos de la persona por razones estrictamente espirituales y no políticas. De todos los modos parece evidente que la responsabilidad de la caída del comunismo debe ser atribuida a todos los que vivían bajo él y no a cualquier tipo de conspiración de nadie.

Sin duda la mejor biografía es siempre la autobiografía, no sólo por lo que dice sino por lo que omite. En este sentido sin la menor duda para comprender a *Juan Pablo II* nada puede sustituir a la lectura de *"Don y Misterio. En el quincuagésimo aniversario de mi sacerdocio", Madrid, Biblioteca de autores Cristianos, 1996,* un libro recentísimo y minúsculo de extensión pero muy revelador. Lo que llama la atención, en primera instancia, de él es la sensación de despojamiento de cualquier lenguaje más o menos estereotipado. El Papa hace exactamente lo contrario a los periodistas mencionados. Prescinde de todo aspecto incidental, más o menos anecdótico, y centra los primeros años de su vida en su vocación con lo que, además, actúa como pastor para conmemorar el medio siglo de su ordenación sacerdotal.

Pero lo que inevitablemente aparece, aunque sólo sea como trasfondo de sus primeros años de existencia, es también un escenario que le sitúa en el centro

de gravedad mismo de lo que es la experiencia de la Humanidad en un siglo ya próximo a concluir. Esta centuria ha estado atravesada por dos trágicas invenciones de funestos resultados como son una largísima guerra, reedición de la de los treinta años, desde 1914 hasta 1945, y por la tragedia del totalitarismo que, en su versión comunista o fascista, ha cubierto un marco cronológico todavía mayor desde 1917 hasta 1991. Pues bien, la experiencia biográfica del Papa y su vocación sacerdotal no se entiende sino teniendo en cuenta esta realidad, doble y lamentable. Su sacerdocio no pretende ser una muestra de beligerancia ante el totalitarismo, sino de superación del mismo a través de la experiencia de lo religioso. El Papa descubrió su vocación cuando aquella guerra todavía parecía inclinarse hacia el Eje y ya era imaginable que produciría en su país el mayor porcentaje de muertos de toda Europa. Tuvo que ser seminarista clandestino en una Polonia a la que los dirigentes nazis habían previsto convertir en un gigantesco campo de concentración y en que nadie podría tener estudios superiores. Luego, pasado el tiempo, otro totalitarismo, el comunista, suspendería las editoriales y las revistas en que publicó sus libros de pensamiento o sus poesías.

Sin duda lo que le ha dado al Papa la excepcional densidad humana que le caracteriza es este tipo de vivencias. Él pasa por este telón de fondo sin parecer atribuirle verdadera trascendencia, sin condenar a

nada y a nadie, atento tan sólo al propósito esencial de su libro. Pero lo que tiene su personalidad de misteriosa y subyugante radica en haber hecho la experiencia de algo tan esencial en el centro de gravedad de la vida de nuestro siglo como la guerra y el totalitarismo, éste por partida doble. Otras facetas de su vida — el ser un Papa viajero como ni remotamente lo han sido ninguno de sus antecesores, su condición de intelectual o de obrero — son también importantes. Pero lo decisivo, aquello que puede explicar el conjunto de su vida y

de su santidad, quizá radique en esos años mozos de los que ahora nos ha querido dar cuenta.

### *De nuevo la transición española*

No ha pasado tanto tiempo de la conmemoración del vigésimo aniversario de que la transición española a la democracia tuviera su comienzo y siguen apareciendo libros importantes sobre ella. Hace muy poco se ha publicado, en efecto, un estudio inteligente pero incompleto que analiza hasta qué punto sobre este proceso político gravitó el recuerdo de la guerra civil. Se trata de *Paloma Aguilar Fernández, "Memoria y olvido de la guerra civil española", Madrid, Alianza Editorial, 1996.*

La tesis fundamental de este libro, que es plenamente acertada y que la autora ha sabido justificar en un elenco de ejemplos muy pertinentes, consiste en que tanto el régimen de Franco como la transición son explicables como consecuencia de la cambiante conciencia histórica de los españoles. La guerra civil fue el factor fundamental que contribuyó a justificar la dictadura durante los dos primeros decenios de su existencia mientras que, luego, el régimen pasó a utilizar el crecimiento económico como argumento propagandístico. A partir de 1959 la guerra empezó a ser considerada como un acontecimiento injustificable, producto de la locura colectiva de los españoles de unos tiempos pasados. Muerto Franco se

avanzó un paso más y, ya durante la transición, se juzgó que sobre los españoles gravitaba como una auténtica espada de Damocles un pasado que podía repetirse en cualquier momento. La guerra se convirtió, por tanto, en un acontecimiento a evitar incluso como peligro remoto. El consenso nació como contrafigura de una posible recaída en un pasado lamentable. Con él y la apelación al pasado se argumentó para apoyar posiciones políticas incluso contradictorias —por ejemplo, en materia electoral— al margen de que, en efecto, se pudiera justificar por esas razones.

Toda esta línea argumental está justificada por la misma experiencia de quienes participaron en los acontecimientos. Cualquiera de los protagonistas de la transición cuenta que esa memoria del pasado, en la medida que influía sobre el conjunto de los españoles, incluso quienes nada tenían que ver con el proceso político, tenía también una eficacia inmediata en el terreno político en el sentido que tendía a hacer imposible un descarrilamiento inducido por los protagonistas esenciales del cambio. El método y las fuentes utilizadas por la autora se basan, en primer lugar y ante todo, en el estudio de los símbolos del Estado franquista y cómo acabaron siendo sustituidos por otros en el momento en que tuvo lugar el advenimiento de la democracia. Incluye también una información abundante acerca de cuestiones relacionadas con el

recuerdo y el olvido del pasado inmediato, como por ejemplo el análisis de contenido de la información del NODO.

El planteamiento de Aguilar es novedoso y cualquier historiador o testigo no dudará en juzgarlo así. Sin embargo los juicios entusiastas de la solapa del libro, suscritos por figuras muy eminentes de las ciencias sociales, españolas y extranjeras,

resiente de haber sido una tesis doctoral. Tiene, por ejemplo, un capítulo introductorio de carácter metodológico un tanto excesivo en extensión. Hubiera sido lógico, además, establecer otras comparaciones con procesos semejantes en otros países. La autora se fija en la guerra civil griega pero podría haber utilizado también, como término comparativo, el caso de Hungría, para quien los sucesos de 1956 representaron algo parecido a una guerra civil. Pero sobre todo, lo que le falta a este libro es un examen detallado de la evolución de la Historia como ciencia en la etapa final del franquismo, en especial cómo fue conquistando etapas cada vez más próximas y cómo sus contenidos se fueron alejando de la ortodoxia del régimen o incluso esta misma resultó cambiante. Hubiera sido lógico también entrevistar a quienes participaron en los acontecimientos y no limitarse tan sólo a estudiar sus discursos en las Cortes. La cuestión es tan crucial que constituye toda una clave interpretativa de la evolución no sólo de la política sino también de la cultura española en los últimos tiempos. Por eso el libro da, por desgracia, una cierta sensación de ser incompleto al menos respecto de sus teóricas posibilidades.

### *Actualidad política: el socialismo en la oposición*

Del conjunto de libros efímeros sobre la realidad política española, en algunas ocasiones merece la pena espigar algunos

resultan exagerados. El libro se

que pueden tener alguna trascendencia analítica. Este puede ser el caso, en el momento presente, de **Fernando López Agudín**, *“En el laberinto. Diario del Interior, 1994-1996”*, Barcelona, Plaza y Janés, 1996. Y **Tom Burns**, *“Conversaciones sobre el socialismo”*, Barcelona, Plaza y Janés, 1996. Ambos resultan interesantes para apreciar el punto de partida de la oposición ya que, por el momento, no es fácil hacer un balance de la gestión del PP en el poder.

¿Cómo supera el socialismo, nuestro primer partido en la oposición, la prueba de pasar por ella tras tantos años de estancia en el poder? En pura teoría muy bien y la mejor prueba de ello consiste en que las encuestas de opinión le proporcionan una cierta ventaja, no decisiva pero sí probada en tres encuestas sucesivas, sobre sus adversarios. Pero cualquier examen un poco más detenido plantea muy serios interrogantes.

La prueba nos la ofrecen dos libros que acaban de aparecer y que, siendo de muy distinta factura, resultan coincidentes en la imagen del PSOE que nos revelan. El primero de ellos sorprende por la sinceridad con la que está escrito y por la abundancia de datos inesperados que proporciona sobre los entresijos del Ministerio del Interior. El segundo ratifica las impresiones, proporcionadas por el primero, sobre las serias discrepancias existentes en el seno del socialismo.

Fernando López Agudín ha escrito unas memorias que, por lo tempranas, muchos las juzgarán políticamente incorrectas pero que son a menudo apasionantes no ya para un historiador sino para cualquiera que quiera juzgar con cierto fundamento el pasado inmediato. Jefe de prensa de Belloch, narra en el libro la realidad de que en el Ministerio del Interior no había cloacas sino que el Estado mismo parecía

dominado por ellas. Su superior jerárquico habría recibido en un determinado momento la misión de llevar a cabo “un razonable ajuste con el pasado” que consistiría en utilizar la virtud de la prudencia para evitar que siguiera la corrupción económica y el ocultamiento de los reprobables medios utilizados con anterioridad sin al mismo tiempo liquidar a todo un gobierno así como al partido que lo sustentaba. Tal operación se habría llevado a cabo “tarde, en el peor momento, a salto de mata y habría concluido en el descontrol final”. Quienes en toda esta historia policiaca quedan convertidos en esos malos de película son quienes tienen causas pendientes con la Justicia, de las que tienen muy pocas probabilidades de librarse. Aunque es muy transparente la acusación del libro en su contra lo cierto es que ni siquiera han reaccionado desmintiéndolo.

Sin embargo hay puntos en que la interpretación del autor es susceptible de interrogantes. González aparece no sólo exculpado sino alineado con los dispuestos a depurar las responsabilidades precedentes, pero lo hace con un talante no muy comprometido (“Tú verás lo que haces”, dice a Belloch en una ocasión). Por otro lado, junto al bando de los perversos, López Agudín constata un tercer sector de lo sinuosos entre quienes alinea a los que no parecieron estar muy de acuerdo con la forma de actuar de Belloch aunque no estuvieran comprometidos con la línea Barrionuevo-Corcuera. En uno y

otro caso sería conveniente que los aludidos dieran respuesta a los interrogantes que indica este libro, pero sólo Rubalcaba lo ha hecho con un desmentido que en su aparente rotundidad resulta poco convincente. Se podría añadir que da lo mismo pues, en definitiva, quienes estaban en el equipo de Belloch percibieron su actitud como, al menos, ambigua. Finalmente otro interrogante que queda en el ánimo del lector se refiere a los antecedentes. Parece imposible poner en duda que con anterioridad a la llegada de los socialistas al poder hubiera “guerra sucia” contra ETA. La interpretación posible es, entonces, hasta qué punto estuvo inducida desde el Ministerio o no. La responsabilidad del PSOE habría sido, de acuerdo con este planteamiento, la organización sistemática, hasta un límite que determinarán los jueces, y la posterior negativa a asumir la responsabilidad política de lo sucedido, entreverada con abundantes mentiras.

Si eso ya deja en mal lugar al socialismo, el libro de Burns no le alivia en absoluto. El autor ya ha ensayado la entrevista colectiva en otra ocasión. Es un procedimiento cómodo para él pero discutible para el lector que debe superar contradicciones, repeticiones y exceso de páginas de escaso contenido. Burns tiene capacidad para haber escrito por sí mismo el libro, incluso partiendo, como lo hace, de una sesgada posición de derecha.

De todos los modos la sensación que prevalece de la lectura de

estas páginas es la de desunión y carencia de coincidencia en propósitos fundamentales. Hay entrevistas de gran interés y excepcionalmente sinceras en las respuestas, como las de Solchaga, Boyer, Almunia y Guerra, que sirven no sólo para explicar sus respectivas posiciones del pasado como para dar cuenta de que en el presente es muy escasa la coincidencia respecto del futuro. Todos son conscientes de que está planteada la sustitución de Felipe González pero esta situación nos paraliza sin resolver nada. Muchos de los que aparecen

contestando las preguntas de Burns son inimaginables como ministros en otra posible etapa socialista. En no pocos hay una nula confianza en una renovación a medio plazo.

Un sistema político exige que sus dos valvas, gobierno y oposición compitan por el poder. En España, por desgracia, estamos lejos de esta situación de modo que la única esperanza de victoria del PSOE consiste en los errores del PP. Eso es objetivamente muy malo y debiera ser resuelto en beneficio de todos.

### *Hacia la conmemoración del 98*

Con una celeridad que sorprende estamos dando ya los primeros pasos hacia la conmemoración del centenario del 98. Merece la pena, por lo tanto, referirse a los libros que sobre el particular van apareciendo. Comentaremos en estas páginas uno de ellos así como una colección de escritores clásicos del período finisecular.

La primera colección de estudios monográficos aparecida sobre el particular es *Juan Pablo Fusi, Antonio Niño (eds.), “Antes del ‘desastre’: orígenes y antecedentes del 98”, Departamento de Historia Contemporánea, Universidad Complutense de Madrid, 1996*. Se trata de un libro desigual, sin duda bienintencionado, pero en el que algunas colaboraciones están por debajo de lo exigible.

La celebración de centenarios de acontecimientos pasados suele servir para que los políticos pretendan demostrar preocupación por la cultura y los llamados “intelectuales” utilicen el pasado para opinar sobre el presente. Afortunadamente existen también resultados más tangibles y positivos desde el punto de vista científico. La celebración de Congresos supone la posibilidad de aumentar nuestro conocimiento sobre el pasado e incluso de ensayar una nueva interpretación acerca del mismo.

La Universidad Complutense ha tenido un papel de primera importancia en la preparación del centenario del 98 y ha tenido el buen acuerdo de precederlo con un congreso acerca de los antecedentes en el período de la década y media anterior. La conclusión principal a la que llega el lector de su actas no por obvia merece la pena ser desdeñada. En realidad el fenómeno del 98 debe quedar subsumido en otro de carácter más general que es el malestar de fin de siglo que la derrota colonial multiplica en su trascendencia y significación. Así lo señala en la introducción de este volumen Antonio Niño y su juicio no puede ser discutido.

Lo que, en cambio, resulta más digno de crítica es el contenido mismo de este volumen. Editado con poco cuidado (abundan las erratas) carece de textos de los historiadores más conocidos, abunda en resúmenes de trabajos publicados con anterioridad, da cabida a algunos no profesionales

y tiene importantes lagunas. Lo que resulta especialmente

inaceptable es que se haya dado cabida a quienes no aportan nada o incluso carecen del bagaje intelectual imprescindible para ser admitidos junto con los historiadores profesionales.

Es una lástima porque, al mismo tiempo, en este libro aparecen aportaciones importantes en apartados concretos. Uno de los interrogantes fundamentales de la

crisis finisecular se refiere a cómo la conmoción anterior y posterior al “desastre” no desembocó en la existencia de una movilización política masiva. Quizá la razón derive, como apunta María Sierra, en la realidad de que esa aparente apatía política estaba sólidamente arraigada en causas profundas derivadas de la cultura política. Muy innovador es el estudio de la corrupción política en Madrid. En cambio los textos sobre el regeneracionismo político añaden poco y el relativo a la ley electoral, aparte de situarse lejos del marco cronológico, resulta muy discutible.

Gran parte de las causas del “desastre” han sido atribuidas a las deficiencias de la maquinaria militar española pero esa afirmación genérica no hace avanzar mucho nuestro conocimiento. Tres reveladores estudios monográficos contribuyen a precisarlo. Núñez Florencio prueba que los conflictos entre la jurisdicción militar y la civil fueron muy anteriores al comienzo del siglo. Navajas examina el gasto militar de un modo muy inteligente y Rodríguez González nos descubre que los males de la flota residieron mucho más en problemas de conservación que en la radical falta de recursos. Llama la atención la carencia de un trabajo sobre las fuerzas de tierra.

Con respecto al resto del libro las novedades son escasas. Se observa la carencia de trabajos innovadores acerca del colonialismo español anterior y

de estos momentos. Existen algunas investigaciones interesantes acerca de los intentos finales para evitar la guerra (Companys) o de la política española en el Extremo Oriente (Elizalde) pero en general las aportaciones en este punto son intrascendentes. También lo son las relativas a un aspecto tan importante de la conmemoración centenaria como es la cultura finisecular. La excepción podría estar constituida por dos buenos estudios acerca de la novela de la década de los noventa y sobre el contexto ácrata de la revista madrileña "Arte Joven" que Picasso ilustró durante su estancia en Madrid.

El centenario del 98 merece, sobre todo, grandes libros para meditar sobre este acontecimiento a cien años vista. Si éste no lo es, por lo menos testimonia una voluntad organizativa que esperemos fructifique mejor en otra ocasión.

De factura muy distinta es, en cambio, ***"Cien años después", colección dirigida por Juan Pablo Fusi sobre los clásicos del pensamiento finisecular español, Biblioteca Nueva, 1996-1997.*** No se trata en este caso de proporcionar una serie de estudios monográficos sobre aspectos concretos de la evolución finisecular española, sino de invitar a la lectura de algunas de sus obras más señeras acompañándolas de la mano de conocidos especialistas.

La Editorial Biblioteca Nueva ha tenido la buena idea, aprovechando la ocasión del

centenario del 98, de hacer reediciones de algunas de las obras más importantes del pensamiento finisecular español. Las nuevas publicaciones aparecen precedidas de prólogos de conocidos especialistas que, sin erudición inoportuna, glosan el significado de la obra y la acercan al lector interesado. La colección aparece dirigida por Juan Pablo Fusi el cual, en unas breves líneas de presentación, da cuenta de los motivos que han impulsado esta iniciativa. De acuerdo con sus palabras, la pérdida de las colonias habría producido "una profunda crisis de conciencia nacional al menos en

el terreno intelectual, anticipada en los años anteriores por Unamuno y Ganivet". El resultado habría sido una intensa reflexión sobre la esencia de España "que impregnó la vida intelectual y política del país durante la totalidad del siglo XX".

En realidad no fue exactamente así, aunque la sabiduría convencional ha repetido afirmaciones como éstas durante mucho tiempo. Como Fusi sabe perfectamente, la idea de que el desastre en la guerra hispano-norteamericana explica la reflexión intelectual posterior no puede sostenerse. El pensamiento finisecular es anterior a la derrota y no se circunscribe tan sólo a esa razón ni tampoco obedece a un tipo de motivaciones limitadas a España. Se trató, en definitiva, de una singladura muy peculiar en la Historia cultural del mundo occidental consistente en una reacción en contra del liberalismo parlamentarista clásico, el positivismo científico y el naturalismo literario. En todos estos rasgos no fue nada excepcional en comparación con lo sucedido en otras latitudes europeas.

Pero lo que en cambio constituye todo un signo distintivo de esta meditación es la calidad literaria, la altura intelectual y el hecho de que se centre en la peculiaridad de una comunidad nacional como es la española. Respecto a la primera la diferencia de unos casos a otros es muy considerable. Leyendo páginas de Unamuno se tiene la sensación de

que difícilmente podrá ser superable su estilo literario a la hora de escribir ensayo. En cambio si se repasa a Macías Picavea no se trata ya de que los conceptos resulten discutibles — porque apenas avanzan más allá de la denuncia— sino que al tono dramático se suma además el exceso de exclamaciones e interrogaciones que convierten en muy desagradable la lectura.

La selección de Biblioteca Nueva ha elegido como punto de partida dos ensayos fundamentales (*“En torno al casticismo”* de Unamuno y el *“Idearium”* de Ganivet) a los que suma una novela (*“La Voluntad”* de Azorín) y un típico ejemplo de la literatura regeneracionista (“El problema nacional” de Macías Picavea). En los primeros textos es perceptible, aun con ese estilo contradictorio característico de Unamuno, la pretensión de llegar a descubrir la entraña de ser nacional —lo que Ganivet denomina “el espíritu territorial”— en las condiciones del paisaje y el medio físico, en el carácter de la raza y en las costumbres. En ambos autores la esperanza de salvación reside en el apego a las esencias, aun con un ropaje nuevo y modernizador. “La Voluntad” es más bien una narración de su carencia en el protagonista y, por lo tanto, de la imposibilidad de regeneración. Macías Picavea parte de un esquema interpretativo semejante al de Unamuno y Ganivet, pero su libro resulta mucho más árido al pretender ofrecer base científica para una interpretación cuyo origen se debe situar en Taine y

cuyos fundamentos objetivos desde un punto de vista actual resultan más que dudosos.

Pero aparte de la pasión fervorosa por lo estudiado y la excelencia literaria ya mencionada perdura en la hora actual también en estos libros una tradición de la cultura española. La reflexión sobre España es, sin duda, una clave para entender la cultura española en el último siglo. Hoy tiene motivos para reverdecer, aunque

desde una óptica nueva, cuando los motivos de nuestra convivencia como entidad nacional resultan discutibles. Pero ante todo merece la pena rescatar esa tradición del ensayo entendido como género literario que no pretende abordar las cuestiones desde una perspectiva estrictamente científica, sino interpretar desde un determinado nivel intelectual, de forma escueta pero vigorosa y con un deseo decidido de transformar el entorno. Quizá no pocos de los textos del fin de siglo no resulten fácilmente defendibles hoy en día, pero la recuperación del ensayo español mantiene su sentido y necesidad. De ahí que esta iniciativa editorial merezca la pena y proporcione muchos alicientes a la creación.

### *Azaña desde nuevas perspectivas*

La reciente aparición de nuevos diarios de Manuel Azaña nos recuerda su permanente vigencia. El libro de *Alicia Alted, Ángeles Egido y María Fernanda Mancebo (eds.)*, *“Manuel Azaña: pensamiento y acción”*, Madrid, Alianza Editorial, 1996, sin auténticas novedades pero redactado por competentes profesores universitarios, trata con rigor muchos aspectos de una de las biografías más apasionantes de la Historia española.

El futuro es casi siempre impredecible pero, por excepción, todo hace pensar que el número de libros que van a ser publicados sobre la personalidad y la

trayectoria de Azaña va a ser cuantioso. La razón estriba en que la abundancia de información sobre el político republicano, proporcionada por el mismo, llega a ser abrumadora y tiene, además, el atractivo subyugante de un intelectual apasionado por la política, capaz de una belleza en la expresión literaria muy por encima de cualquier caso semejante en la Historia española y que puede codearse con la de cualquier otro país. De este modo escribir un libro sobre Azaña resulta una tentación permanente. Esta situación ha producido ya una bibliografía poco menos que oceánica que no siempre viene acompañada por el rigor y la novedad. Cualquier ensayista — en el peor sentido de la palabra— se siente autorizado para volver a escribir sobre el que fuera Presidente de la República. Lo cierto es que buena parte de esos libros pertenecen a la categoría de lo prescindible. Casi siempre es mejor leer a Azaña que a los que no hacen otra cosa que glosarle de modo superficial.

El reciente libro publicado por Alianza, auspiciado por tres jóvenes profesoras universitarias, carece de novedades sustanciales pero tiene rigor y entusiasmo. En realidad las editoras han convocado a algunos de los mejores especialistas en Historia del siglo XX y les han pedido que aborden aquel aspecto de su pensamiento y acción que les resulte más cercano. La injustificable excepción está constituida por prologuista y epiloguista que no debieran haber figurado en un texto como este. El resultado es desigual y, en alguna

oportunidad, contradictorio, pero el nivel siempre es alto y en ese sentido es muy posible que el libro resulte un buen complemento a la lectura del propio Azaña. Siempre, sin embargo, quedará por debajo del pequeño libro magistral que escribió Marichal o de la biografía de Santos Juliá, cuando esté completa.

Merece la pena constatar que algunos de los autores de este libro no pecan de un error que suele transpirar en la bibliografía sobre el político e intelectual republicano. La “azañolatría” consiste en considerar que el

personaje tuvo el mérito de la impecabilidad, cuando lo cierto es que la calidad literaria no tiene por qué verse acompañada de la eficacia en la acción política. De los autores convocados para este libro Avilés principalmente pero también Botti y Espadas señalan limitaciones objetivas y graves en su tarea como gobernante en el terreno religioso y militar respectivamente. No obstante la posible crítica fundamental se refiere al carácter y al resultado de su reformismo político, menos liberal y efectivo de lo que se suele admitir de modo habitual. Quizá, en cambio, el reproche de Andrés de Blas a su posición ante la cuestión regional-nacional es más discutible. Otros autores muestran una posición mucho más acrítica y entusiasta que no supone mayor grado de fruición ante su obra literaria sino una perspectiva menos exigente de su propia labor como historiadores. De entre quienes abordan aspectos no políticos del personaje merece la pena citar el estudio, original e inteligente, de Gloria Núñez sobre Azaña y la mujer.

Los mayores interrogantes sobre la trayectoria política de Azaña se refieren al período todavía no abordado por Santos Juliá en su biografía, es decir la guerra civil. El análisis que proporciona la contribución del autor citado (y las de Miralles y Arostegui) sobre el particular es de calidad pero resulta en parte contradictoria. Es cierto que el Presidente no perdió por completo la iniciativa política durante los años bélicos y que, por lo tanto, la desolación y la

sensación de impotencia no bastan para explicar su vida de estos años. Pero, al mismo tiempo, tampoco hay indicios suficientes de tenacidad en la prosecución de una paz a través de la mediación. En el fondo la clave que puede explicar lo sucedido con Azaña en este período quizá resida en la existencia de dos polos en su personalidad. Mientras que uno de ellos le empujaba a la acción en la vida pública, el otro, intelectual, multiplicaba su lucidez de análisis pero también su tentación de retraimiento hacia la pasividad.